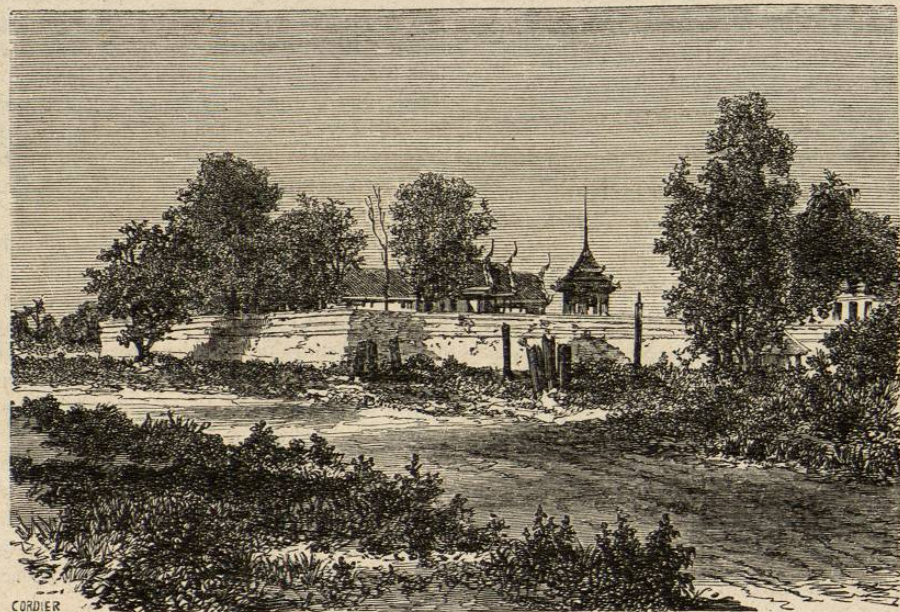


Concluida mi choza, lo que no fue largo ni costoso, pusimos en ella tres hamacas; nos preparamos un cazadero de insectos, que nunca son tan abundantes como al principio y al fin de la estacion de las lluvias, y derribamos algunos árboles de regular corpulencia. El oficio del leñador es duro y penoso bajo esta latitud, en que el sol, sorbiendo la humedad de la tierra y de los pantanos que nos cercan, nos envuelve en una atmósfera de estufa ó de invernáculo

caliente; pero nuestras penalidades han sido pródigamente compensadas por una cacería abundante y fructuosa; los longicornes abundan, y tengo una caja que contiene ya mas de mil insectos raros y nuevos, y hasta he podido reemplazar cierto número de las raras especies de Petchabury que han sido destruidas por el agua del mar en mi coleccion que naufragó con el *Sir J. Brooke*.

Los habitantes del lugarejo y de las cercanías, y



Kraal ó parque de los Elefantes en Ajuthia. — De fotografía.

hasta los talapinos de las pagodas próximas, vienen todos los dias á traerme *bestias*, como ellos dicen; los unos saltamontes, los otros alacranes, estos serpientes, aquellos galápagos, etc., todo colgado del extremo de un palo. Su objeto al hacer eso es que se les dé en cambio un boton ó dos de cobre, algunos abalorios, ó un poco de tela encarnada.

El viento del Norte se hace sentir con frecuencia, si bien algunas veces es vencido por los del Sur y los del Suroeste que nos vuelven la lluvia; pero el calor de las noches ha disminuido hasta el punto de que despues de las tres de la mañana me sienta muy bien una cubierta ó tengo que envolverme en mi albornoz. Mis dos criados tienen de cuando en cuando accesiones de calentura intermitente, y se quejan con frecuencia de frio en la boca del estómago. La muerte nos tiende tantos lazos en estos lugares húmedos, que el que escapa de ella puede considerarse como un ser privilegiado.

A últimos de noviembre habia empezado el tiempo

á refrescar, y con diciembre entramos en pleno invierno. Una apacible ventolina, análoga á nuestras brisas de marzo, sopla del Norte todo el dia, y por la noche el termómetro baja á los 15° centígrados. Por la tarde me paseo por la orilla del rio envuelto en un albornoz con la cogulla levantada, y este es un placer que no habia probado desde que visité á Phrabat dos años atrás. Preciso es haber pasado tantas noches de insomnio, con un calor sofocante, para comprender el bienestar que se experimenta al cabo bajo una manta de lana y sobre todo sin sostener una constante lucha con los sanguinarios mosquitos. Phrai y Dang tienen dia y noche toda su ropa encima, y yo además les he vestido con una doble franela roja y un sombrero de fieltro, de suerte que parecen garibaldinos, —se entiende, por su trage,— pues no tienen instintos camorristas ni belicosos, si bien no carecen de cierto valor que tiene tambien su mérito. Bailan cantando alrededor de una buena hoguera, y se quedan con la boca abierta cuando les digo que he visto rios

mas anchos que el Menam helados y encima de los cuales podian pasar los mas pesados carros (1) y otros en que se asan algunas veces bueyes enteros (2), y que con frecuencia en las comarcas á que dichos rios pertenecen, hombres y mujeres se mueren de frio.

Mi pobrecito *Tine-Tine* no dice una palabra, se zambulla debajo de mi manta y duerme á las mil maravillas, pero no deja de regañar los dientes á Phrai si este le incomoda descomponiéndole la cama. ¡Cuán ingrato soy que no hago mencion de mi compañero

leal, de mi hermoso y diminuto *King-Charles* que he asociado á mi peregrinacion, y del cual están prendados todos los siameses, especialmente los que no tienen hijos, no obstante la aversion que los perros inspiran en general á los siameses. Pero acaso no sea aversion á los perros en general, sino á los de su país, que son casi todos medio salvajes. Me temo que mi pobre perrito va á tener un mal fin, me temo que el dia menos pensado la enorme pata de un elefante haga de él una tortilla ó que se lo meriende un tigre de un solo bocado.



Una visita durante la siesta.

Dos dias hace que estamos de fiesta. En el momento de empezarnos á faltar los víveres, la pesca ha empezado á subir al rio, y cogemos cuanta queremos. Los mayores peces son como sardinas, pero en una hora hemos pescado los suficientes para llenar seis ú ocho canastos, y mis dos criados no hacen mas que cortar cabezas y salar.

Todos los chiquillos de la vecindad, entre los cuales hay muchos que aun están mamando, vienen incesantemente á traerme insectos en cambio de un boton de cobre ó un cigarrillo. Los rapazuelos dejan el pecho de su madre por la pipa y alternativamente; si no estuviesen tan sucios, serian muy lindos y les

(1) En Rusia, sobre el Neva.

(2) En Londres, sobre el Támesis.

haría alguna caricia; pero temo mucho las afecciones cutáneas desde que las he padecido.

El laotiano es tan supersticioso como el cambodgiano y tal vez mas que el siamés. Si alguna persona cae enferma de la fiebre ó siente una indisposicion cualquiera, tiene por seguro que el demonio se ha metido en su cuerpo. Si algun negocio anda mal, el demonio tiene la culpa; si en la caza ó en la pesca sobreviene algun accidente desagradable, ó acontece algun fracaso cortando leña en el bosque, en ello anda el demonio. En las casas conservan con mucho cuidado un talisman, que generalmente no es mas que un pedazo de palo ó una planta parásita, cuya forma le da alguna semejanza con una parte cualquiera del cuerpo humano, debiendo á esta circunstancia la fortuna de



convertirse en dios del hogar, en protector que echa fuera á todos los malos genios.

Todos los días organizamos en los bosques una nueva cacería; pero aquí, cuando uno cree no cazar mas que insectos ó pájaros, sucede que el ruido de la voz ó el estampido de las escopetas en estas profundas soledades, repetidos por el eco de los montes, hacen salir á las fieras de sus guaridas. Ayer, despues de una cacería bastante larga y penosa en que habíamos muerto algunos pájaros y uno ó dos monos, llegamos fatigados á un clarecillo del bosque donde dejé á mis dos «boys» (1) que descansasen un poco al pie de un árbol mientras yo iba solo á coger unos cuantos insectos, etc. De repente llamó mi atención un ruido sospechoso, como el pisoteo de un animal que se desliza por el áspero follaje. Levanto al momento la cabeza, cogiendo y amartillando á un mismo tiempo la escopeta, y me coloco cuidadosamente detrás del árbol corpulento á cuya sombra dormían mis dos criados. ¡Ya era tiempo! En aquel mismo instante un grande y hermoso leopardo tomaba aliento para arrojarse desde la maleza sobre uno de mis hombres, que dormía, y lo mismo el otro tan pacíficamente como si hubiésemos estado en la choza. No tuve mas que un segundo para apuntar y tirar, y el animal, herido de un balazo en el corvejón derecho fué á rodar á algunos pasos de distancia dentro de un inextricable zarzal, despues de haber descrito en el aire un salto de una elevación prodigiosa. No estaba mas que herido, y todo era de temer de él si no le matáramos ó á lo menos no le rompíamos el otro corvejón para ponerle en la imposibilidad de hacernos daño. Un segundo tiro, que le hirió en la región del corazón, le remató casi instantáneamente.

La conmoción, el miedo, el espanto de mis dos pobres muchachos que se despertaron sobresaltados al oír el primer tiro, tan cerca de sus oídos, pueden solo compararse al placer que experimentaron viendo tendido á sus pies al animal exánime.

Podía considerar esta aventura como un aguinaldo de año nuevo, pues nos hallamos en el último día de diciembre.

Hé aquí otro año pasado, otro año para mí, como para todo el mundo, sembrado de alegrías, de inquietud y de penas, y en el día de hoy, mas aun que en los otros, mis pensamientos van todos al corto número de seres que me son queridos. A estas horas mas de un corazón amigo responde á los latidos del mio, de ello estoy seguro. Votos idénticos á favor del pobre viajero se elevan á la vez de los hogares de mi padre, de mi esposa y de mi hermano, cualquiera que sea la distancia que les separe. Todos desean mi regreso, segun me escribe mi hermano en su última carta que

(1) El vocablo *boy*, que significa muchacho, se emplea generalmente en Inglaterra para designar á los criados.

mis amigos de Bangkok acaban de enviarme, y sin embargo no estoy mas que en el principio de mi nueva campaña. ¿Sería propio de un buen soldado tomar la licencia en vísperas de una batalla? Me hallo á las puertas del infierno, como llaman á este bosque los laotianos y los siameses. Todos los seres misteriosos de este emporio de la muerte sembrado de huesos de tantos pobres viajeros, duermen profundamente bajo la espesa bóveda que forman los árboles. Yo nada tengo para conjurar á los demonios que aquí moran, ni dientes de tigre, ni astas de ciervo desmembradas, ningún talisman, en fin, como no sea mi amor á la ciencia y mi fe ciega en Dios. Aquí como en cualquier otra parte la muerte me hallaría siempre dispuesto.

En el reposo de este bosque, en la calma de esta poderosa naturaleza tropical, hay cierta magestad indefinible que á media noche me causa una impresión profunda. El cielo está sereno, el aire es fresco, los rayos de la luna no penetran sino por en medio de las ramas y las hojas de los árboles, y no iluminan sino algunos rincones del terreno que parecen pedazos de papel dispersados por el viento; ni el menor soplo agita los árboles, y nada turbaría este silencio imponente sin el ruido seco que producen algunas hojas muertas al caer de rama en rama, sin el murmurio de un arroyo que corre á mis pies por un lecho pedregoso, sin algunas ranas que de trecho en trecho se responden, y cuyo canto parece el ronco aullido de un perro; sin el ruido de las alas de algún pájaro nocturno atraído por la llama de la antorcha que arde atada á la rama de un árbol bajo el cual he tendido mi piel de tigre, sin el maído mas ó menos cercano, oído á largos intervalos, de una pantera que llama á su macho y al cual contestan con gruñidos desde la copa de los árboles algunos chimpanzés cuyo reposo turba.

Phrai, con un sable en una mano y una antorcha en la otra, persigue á los peces en el arroyo; su sombra reflejada en las rocas y en el agua mientras él blande su acero, y esclama incesantemente: «¡Le he dado! ¡No le he dado!» parecería un demonio á la gente del país si le contemplase. No sé por qué, pero no puedo sobreponerme á cierto sentimiento de tristeza que algunas horas de sueño y una larga cacería disiparán mañana, preguntándome cómo concluirá este año para mí. ¿Alcanzaré mi objeto? ¿Tendré la suerte de conservar mi salud; sin la cual me sería imposible proseguir mi empresa? ¿Podré vencer todos los obstáculos y dificultades que me aguardan, entre ellas la de procurarme medios de transporte?

Deseo sin embargo que los que piensan en mí en este momento allende los continentes y los mares, en el hogar de la familia, no se inquieten demasiado por mi suerte, y conserven la esperanza en Dios, que

es la única que da valor y fortaleza. Con el auxilio de la protección divina vendrá el día de nuestra reunión, y nuestra perseverancia y nuestros esfuerzos quedarán recompensados. Y tú, hilo magnético invisible, que á pesar de las distancias pones en comunicación los corazones amigos, lleva las bendiciones del viajero á todos los seres que le son queridos, é inspírales estos pensamientos que constituyen mi fuerza de todas las horas, y mi consuelo en los momentos mas tristes y dolorosos. ¡Que para todos sea feliz el año que empieza! ¡Que sano y salvo pueda volverse conmigo ese pobre jóven Phrai, compañero fiel de mis trabajos y de mis fatigas, cuya adhesión le permite desafiar la muerte con ánimo tranquilo! Mis dos criados se hallan algo abatidos por la calentura y por un principio de disentería, mas no por eso dejan de seguirme llenos de alegría y entusiasmo, dándome á cada instante una nueva prueba de afecto...

A 5 ó 6 leguas al Norte de Khao-Khok, se encuentra el monte Sake, y 2 leguas mas allá cesa todo vestigio de habitación hasta Boatioume. Las márgenes solitarias del río son cada vez mas hermosas y pintorescas; ya se ven bellas rocas de caliza cubiertas exteriormente de una corteza ferruginosa, y de las cuales fluyen estrepitosos manantiales, que dotados de la propiedad de incrustación, dejan á su paso depósitos de formas curiosas; ya se ven montes ásperos que se elevan á grande altura, y que contienen grutas mas ó menos profundas adornadas de estalactitas; ya en fin, graciosos lechos de arena é islotes donde se estienden para tomar el sol una multitud de iguanas. Por todas partes hay una rica vegetación mezclada con elegantes mazorcas de bambúes. Allí saltan y riñen una turba de chimpanzés en los cuales se ejercita la pantería de Phrai, procurándose al mismo tiempo una comida deliciosa.

Ibamos en una piragua muy ligera, de suerte que el primer día dejamos atrás los barcos de Petchaboune que la víspera habian partido de Khao-Khoc. La corriente es todavía bastante rápida, á pesar de que hay puntos de tan poca agua que es preciso arrastrar las embarcaciones por la arena, y en todas partes los bicheros suplen á los remos.

Los tigres, bastante raros en Khao-Khok, son mucho mas comunes en los alrededores de Boatioume, donde destruyen mucho ganado. Hay igualmente un número mucho mayor de cocodrilos. Antes de ayer, desde nuestra barca maté uno de un tamaño enorme, el mayor que he visto hasta ahora. Un laotiano, antiguo cazador famoso por su destreza y su valor, me ha contado, con respecto á estos anfibios la anécdota siguiente: «Un cocodrilo dormía en la arena, junto al río, con la boca abierta. Un tigre, que fué á beber, se acercó á él y le puso una pata entre las quijadas; estas se cerraron, y el tigre fue inmediatamente ar-

rastrado debajo del agua. Consiguió sin embargo con sus desesperados esfuerzos ganar de nuevo la superficie arrastrando á su vez á su adversario á la orilla, pero éste le volvió á sumergir en el fondo. El tigre ganó la orilla de nuevo, pero sin que el cocodrilo le soltase. Así se prolongó la lucha algun tiempo, hasta que al fin la bala del consumado cazador hirió al tigre, y los dos adversarios desaparecieron no dejando en el agua mas que una red de sangre.»

## XXVI.

La ciudad de Tchaiapoune.—Regreso á Bangkok.—El elefante blanco.—Mas sobre el bosque del Rey de Fuego—Korat y su provincia.—Penom—Wat.

El 28 de febrero de 1861, habiendo llegado á la ciudad de Tchaiapoune, me presenté al gobernador para pedirle ayuda y suplicarle que me alquilase elefantes ó bueyes para proseguir mi viaje. Le presenté mi pasaporte francés, la carta de Khrome Luang, y otra del gobernador de Korat; pero todo fue inútil. Me contestó que si quería bueyes ó elefantes, en el bosque los había. Habría muy bien podido pasarme sin el auxilio de aquel funcionario en langouti, y alquilar otros animales á los habitantes de la ciudad; pero estos me los hubieran hecho pagar á un precio mucho mayor que el ordinario, y mi bolsillo no estaba dispuesto á semejante sacrificio, que se hubiera probablemente renovado en todas las estaciones. La única cosa que me quedaba que hacer era retroceder, dejar á uno de mis criados en Korat con los bagajes y regresar con el otro á Bangkok para dirigir mis reclamaciones á nuestro cónsul, á los ministros y hasta el mismo rey, pues hay entre la Francia y el rey de Siam, concluido por M. de Montigny, un tratado que obliga á dar ayuda y protección á los franceses, sobre todo á los misioneros y á los naturalistas. Pero esto me ocasionaba una pérdida de tiempo muy sensible y que podía causarme muchos contratiempos, porque si á consecuencia de tantas demoras llegaba á ser sorprendido por la estación de las lluvias en medio de los bosques, ó antes de mi llegada á un paraje sano, mi salud y mi vida podrían hallarse comprometidas.

Afortunadamente desde Korat tuve el gusto de viajar en compañía del elefante blanco cogido en el Laos, de que he hablado anteriormente, y de un dignatario de Bangkok con el cual entablé relaciones captándome su afecto. La caravana era magnífica. Contaba con mas de sesenta elefantes de color normal, de los cuales se pusieron dos á mi servicio, uno para mí y otro para mi criado.

Hallándome pues haciendo buenas migas y á partir un piñon con el mandarin encargado de escoltar el ídolo paquidermo, le conté mi aventura, y me pro-



metió hacerme conseguir cuanto deseaba. Al llegar á Sarabury, encontramos á los administradores de Laos y á los principales mandarines de Bangkok reunidos para cuidar del elefante. Los siameses, gente supersticiosa, y sobre todo llena de fe en la metempsicosis, creen que el alma de algun príncipe ó de algun rey pasa al cuerpo del paquidermo blanco, como igualmente al de los monos del mismo color y al de cualquier otro animal albino, por cuyo motivo les inspi-

ran semejantes criaturas enfermizas la mayor veneracion, sin que por eso les adoren, pues los siameses, á fuer de verdaderos discípulos de los primeros apóstoles del budismo, no reconocen ningun Dios, ni al mismo Buda, pero están persuadidos de que ciertos seres anormales labran la felicidad del pais.

Durante el trayecto, centenares de hombres cortaban las ramas delante del animal y le preparaban un camino fácil y despejado. Dos mandarines le servian



Caravana de elefantes atravesando los montes del Laos.

en sus comidas tortas de diferentes especies en platos de oro, y el rey mismo, especie de filósofo racionalista, salió á Ajuthia á recibirle.

Gracias al idolo y á algunos regalos de va'or, obtuve cartas un poco mas favorables para los gobernadores de las provincias del Laos y salí de nuevo de Bangkok, donde por espacio de quince dias recibí la cordial y generosa hospitalidad de mi amigo el doctor Campbell, uno de los hombres mejores que he conocido en mi vida, y cuya bondad, afabilidad y lealtad le han grangeado todo mi corazon y mis mas ardientes simpatías.

Por último, despues de un doble gasto de dinero y de tiempo, mas irreparable este que aquel, pude volver á tomar el camino del Norte.

Hablándome de su viaje á Korat, el doctor House, el mas atrevido de los misioneros americanos de Bangkok, que es el único blanco que habia desde muchos años penetrado hasta allí, me decia que él bajo todos aspectos no habia experimentado mas que decepciones. Otro tanto diria yo, si como él, hubiese partido

con muchas ilusiones; pero yo tenia ya una idea del bosque del *Rey del Fuego*, que habia cruzado en varios puntos, como en Phrabat, en Khao-Khok y en Khenne-Koe, y bajo cuyas sombras deletéreas habia ya pasado mas de una noche. En cuanto á ciudades, nunca esperé encontrarlas en medio de aquellos bosques casi inextricables, en que ni la misma vista puede llegar mas allá de unos cuantos pasos. Ultimamente, acabo de pasar allí diez noches sucesivas. Durante la travesía de aquel inmenso y espeso bosque, todos los chinos que habia en la caravana, asombrados donde quiera que hacíamos alto de contarse aun en el número de los vivos, se apresuraban á sacar de sus cestas una abundancia de provisiones capaz de satisfacer el hambre mas insaciable y apremiante, y á falta de altar escogian algun árbol corpulento, disponian sus platos, encendian bugías, y quemaban mucho papel dorado, balbuceando de rodillas sus preces. A la entrada y salida del gran bosque, echaban hojas y depositaban palos perfumados en una especie de capillas levantadas sobre cuatro estacas de bambú, de-



M. Mouhot vivaqueando en los bosques del Laos.